



**ANICETO RODRIGUEZ:**  
Secretario general del PS

**D**E tanto pronunciarlos, algunos conceptos van desgastando sus verdaderos significados. Un ejemplo: el concepto de "cambios". Hoy sucede que todos son partidarios de los "cambios". No hay nadie que en Chile se atreva a sostener que todo está perfecto. Es preciso, entonces, impulsar los "cambios". Está bien; pero, ¿cuáles cambios? Ahí comienza el problema.

En estos días el país vive procesos de confusión política, y muchos sacan cuentas en términos electorales. Y para allegar votos, ubican a un lado a los partidarios de los "cambios" y al otro a los que no lo son. A fin de contribuir al esclarecimiento de esta cuestión tan importante, es que PUNTO FINAL inicia ahora una serie de entrevistas breves a dirigentes políticos acerca de este punto medular: ¿cuál es el concepto que usted tiene acerca de lo que debe entenderse por "cambios"?

El primero de los entrevistados de PF es el secretario general del Partido Socialista, senador Aniceto Rodríguez Arenas, quien comenzó su conversación diciendo:

—Todos hablan de los cambios; es verdad. Pero no todos miden este concepto en su verdadera dimensión. Para hacerlo, es preciso considerar que Chile es un país prisionero de las viejas estructuras y dependiente de

## Cambios sí, ¿pero cuáles?

un coloso imperialista. Por lo tanto, propiciar cambios revolucionarios, significa propiciar el rompimiento abrupto del actual esquema social y promover una serie de iniciativas creadoras en la base popular misma, siendo absolutamente necesario dejar de lado todo tipo de compromisos...

—¿Qué significa esto de "compromisos"?

—Significa un desalojo real de la burguesía de los grandes centros de poder y también un desalojo efectivo de toda forma de penetración imperialista. En el caso actual, es evidente que no se puede estar viviendo un proceso revolucionario —como afirma la Democracia Cristiana— manteniendo vigentes las estructuras capitalistas, cuyas cumbres más destacadas son: la organización bancaria, el sistema de compañías de seguros y sociedades anónimas, las formas monopólicas en la producción, distribución y comercio, etc. Estos mismos sectores nativos viven en simbiosis permanente con los grupos de penetración extranjera. Si miramos lo que ocurre con el acero, con el hierro, con el cobre, con el salitre, con las sociedades mercantiles, con las compañías navieras, en fin, con toda la vida económica y en nuestras relaciones de comercio exterior, veremos el mismo entrelazamiento de intereses, que les permite, a espaldas de la gran mayoría nacional, hacer pingües negocios y establecer una forma de decisión en la política contingente de los poderes públicos y, especialmente, del Gobierno.

—Una respuesta categórica a favor de los verdaderos cambios implica, necesariamente, una conducta nacionalizadora que permita rescatar, para los chilenos y su patrimonio colectivo, el total de las riquezas nacionales. Esa ha sido y es la actitud asumida por el Partido Socialista en el caso del cobre (convenios), hierro y acero

(proyecto siderúrgico), salitre (referéndum salitrero), etc.

—¿Y respecto de la Reforma Agraria?

—Una voluntad de cambios puede manifestarse en las ideas que se barajan sobre reforma agraria. Del contexto general, político y programático en que se mueve el Gobierno democratacristiano, unido a su rol de fuerza de compromiso, todo hace pensar que la Reforma Agraria que va a aplicar tendrá, en definitiva, un corte típicamente capitalista. Podrá, incluso, terminar parcialmente con ciertas formas de latifundio; pero, sólo para dar paso a una nueva clase de medianos o pequeños propietarios, con ausencia real de formas colectivas de explotación del agro. Aún, asalariados de ayer podrán convertirse mañana en patrones que explotarán a viejos o nuevos campesinos que integrarán la mano de obra en esta nueva receta capitalista de la Democracia Cristiana. Los socialistas hemos afirmado que la experiencia histórica indica que no hay ninguna revolución efectiva que se pueda hacer apoyada en las muletas del imperialismo y de las fuerzas internas partidarias del empate social.

—Ningún cambio real se logra trocando un Parlamento burgués por otro, realizando elecciones más o elecciones menos, en las que la correlación de fuerzas sociales, por las inhibiciones propias del sistema, permanece estática, en una especie de punto de equilibrio, en el que el proletariado no asume, en esencia, ningún rol protagónico. Por eso es que los socialistas hablamos de una República Democrática de Trabajadores, en cuyo centro vital se ubiquen, como actores decisivos: el obrero, el campesino, el hombre de clase media, el intelectual honesto, etc. Todos ellos limpios de compromisos, sin ataduras con el pasado y todos conscientes de que el accionar común está destinado a grandes e históricos logros colectivos.